

28 de marzo de 2017

Ezequiel 47: 1-9,12

Juan 5: 1-16

La Cuaresma puede ser un momento muy difícil para las personas de fe. Puede ser esa experiencia del desierto. Muchos de nosotros llegamos a este punto medio de la Cuaresma sin entusiasmo por las promesas que hicimos el Miércoles de Ceniza hace tantas semanas. Tal vez nuestras lecturas de hoy ayuden a refrescarnos en nuestro viaje hacia la Pascua. Esta cuarta semana de Cuaresma y las lecturas giran alrededor del agua. Agua, agua por todas partes en nuestra lectura de Ezequiel. El ángel parece mostrar a Ezequiel la importancia del agua. Provee vida esa agua que fluye del templo del Señor, agua que permite que las criaturas vivas del agua se multipliquen. Los árboles frutales crecerán, proveerán comida para todos y proveerán medicina.

En nuestro evangelio, nos trasladamos a Jerusalén a una piscina de agua llamado en hebreo Betesda. Se nos habla del gran número de enfermos que tratan de llegar a la piscina para sanar, aquellas aguas que fluyen y sanan incluso en el día sábado. Y este individuo que no ha podido alcanzar las aguas hasta su encuentro con Jesús. No sabemos si el hombre llegó a la piscina. No parece. ¿Y cuál era su dolencia? ¿Fue física o mental, o fue agobiado por su pecado que le impidió llegar a la piscina de agua? No fue hasta que este hombre se encontró con Jesús que fue sanado; fue purificado. Jesús le dice al hombre: "No peques más".

A medida que continuamos nuestro viaje de Cuaresma, también tenemos esa oportunidad de ser limpiados a través del sacramento de la reconciliación y experimentar del agua que da vida en la noche del sábado santo mientras renovamos nuestras propias promesas bautismales con las aguas que son bendecidos en esa noche.

Preguntas de reflexión:

¿Qué curación necesito en mi vida?

¿Estoy agobiado por no poder alcanzar las aguas?

*Reflexión por el diácono Dale Walsh, Sagrado Corazon, Wanatah, Santa Maria, Otis, San Martín de Tours, LaCrosse*